

Lieber Meister

ESA MAÑANA SOLEADA DE DICIEMBRE EN LA CUAL PENETRÉ por primera vez en los recintos todavía impecablemente mantenidos del Country Club de La Habana, me pareció descubrir otro planeta. Detrás de la luz matutina resplandeciendo en la llovizna fina de las regaderas, se perfilaba la silueta de unas cúpulas surgiendo de entre los andamiajes, como en un espejismo, una ciudad perdida de las mil y una noches.

Con la mente aún fresca de los cursos del bachillerato sobre la Revolución Francesa, la actualidad cotidiana me parecía reproducir como un eco los acontecimientos de aquellos tiempos míticos. El año 1961 terminaba bajo los mejores auspicios, pero el entusiasmo natural de un joven estudiante con experiencias aún por adquirir me impedía entrever los nubarrones que amenazaban en el horizonte.

Algunos días antes, en el ajetreo de las clases superpuestas del primer año de Arquitectura, un condiscípulo recién conocido me informó que los arquitectos responsables de las obras de las nuevas Escuelas de Arte, estaban buscando dibujantes para ayudarlos en las oficinas del proyecto situadas, efectivamente, en los terrenos de golf del Country Club.

Tremendo desafío para un novicio, sabiendo que el jefe de ese proyecto sería Ricardo Porro, nuestro impresionante nuevo profesor de teoría, una figura controvertida y casi mítica entre los estudiantes. Descifrando con elocuencia las imágenes proyectadas en la pantalla, Porro semejava, visto desde la última fila del anfiteatro de la escuela, una especie de coloso inaccesible. Las frases y los nombres exóticos de su discurso, ciertamente arcano para nosotros, nos fascinaban como sortilegios: ¡Paideuma!, ¡Brunelleschi!, ¡contenido mediato!, ¡Wright!, ¡Borromini! Algunos de estos nombres me eran ya familiares gracias a lecturas precoces de Giedion o Rasmussen, pero oírlos resonar de viva voz en un ambiente habanero, hacía viajar instantáneamente nuestras imaginaciones hacia nuevos horizontes.

En la oficina de proyectos, los aprendices estaban inicialmente destinados a fabricar las maquetas, dibujar los

detalles de construcción o controlar las obras a medida que las bóvedas se iban levantando, ¡a veces *antes* que los planos fuesen terminados! Pero el grueso de nuestro interés residía en satisfacer la sed natural de conocimientos a través de la conversación de los «grandes». La pausa del almuerzo, en efecto, era aprovechada para formar una especie de simposio socrático en el cual el Maestro, en la cabecera de la mesa, rodeado de los asociados italianos, Vittorio Garatti y Roberto Gottardi, impartía a los asistentes, estudiantes adelantados, y a nosotros, al otro extremo, su saber en forma de charla amena. No había, que yo recuerde, jamás conversación de mesa de tipo banal y cualquier tema que se tratase era discutido a fondo, de manera tal que no parecía haber gran diferencia entre esta y las lecciones del anfiteatro.

Esta breve edad de oro desaparece bruscamente a fines de 1962, cuando las intrigas de los enemigos del Maestro (yo no imaginaba que tuviera tantos) logran alejarlo de la enseñanza de la arquitectura y, algún tiempo más tarde, inclusive de las obras de las escuelas de Artes Plásticas y de Danza Moderna, ya casi terminadas.

Durante los años que duró este exilio interior, Ricardo nos ofreció generosamente, a un pequeño grupo de estudiantes, la posibilidad de continuar nuestros cursos en su casa de Miramar, proponiéndonos temas de proyectos que elaborábamos a través de sus críticas una vez por semana. No está de más decir que la hospitalidad proverbial de Ricardo y Elena Porro, la soberbia colección de arte contemporáneo de la casa, su nutrida biblioteca a nuestra disposición, y de vez en cuando la mesa, en esos tiempos ya frugal, pero deliciosa, preparada por el Maestro en persona, fueron momentáneamente el marco ideal para esta escuela *sui generis*.

Si mal no recuerdo, el tema de nuestros proyectos era un centro cultural que situábamos hipotéticamente en la antigua Plaza de Armas, frente al palacio del Segundo Cabo y el castillo de la Fuerza. La problemática tan contemporánea de incluir un edificio nuevo en un contexto antiguo, era concebida como un reto para nosotros, así como para Ricardo. La obra de los arquitectos Asplund y Lewerentz que Ricardo había visitado en Suecia durante sus años de estudiante, nos servía de inspiración, no tanto por sus formas como por el mensaje expresado que nosotros «leíamos» detrás de esas formas. En esta voluntad de contenido, probablemente sin que estuviéramos al tanto, estábamos laborando contemporáneamente en direcciones similares a otros arquitectos americanos o europeos, como Louis Kahn, Robert Venturi o Aldo Rossi. Este imperativo tan importante de la cultura que es el *Weltanschauung* (visión del mundo), en un lugar y momento dado, fue un catalizador fundamental para la creación e innovación en nuestro pequeño círculo. Es cierto que desde los inicios del siglo xx el purismo fanático de una cierta vanguardia artística desdeñaba, con algunas excepciones, el respeto a la *preesistenza ambientale* en la nueva arquitectura. La obra y enseñanza de Ricardo Porro fue en este sentido una tarea continua de rebelión, y su casa, así como la oficina de proyectos, replegada en la capilla de la que fuera mansión Sarrá, en el Vedado, un núcleo de resistencia a la marea tecnocrática de los filisteos anti-cultura criollos.

Muchos años han transcurrido desde entonces y mucha agua ha pasado bajo el puente del Almendares. Las Escuelas de Arte de La Habana, que en esos tiempos ya lejanos fueron víctimas de la censura, de la ignorancia y del abandono, están siendo últimamente revistas, alabadas (a veces por los mismos que las vilipendiaban) y en vías de ser restauradas.

Nunca es tarde para corregir los errores y ¡ojalá que así sea! De todos modos, la obra de Ricardo Porro, ya célebre fuera de la Isla, continuó, echó raíces, y con creces, del otro lado del Atlántico. El espíritu abierto de la casa de Miramar se prolongó en la de París. Los comensales son otros, pero el Maestro sigue como de costumbre en la cabecera, dialogando, enseñando y creando.



Cuartel de los C.R.S. Velizy, Francia.
Arquitectos: Ricardo Porro y Renaud de la Noue, 1994-1997.